

DISCURSO DEL SR. PRESIDENTE DE LAS JORNADAS

Prof. Emilio ALBISTUR (Bs. As.)

La búsqueda de la verdad ha sido motivo esencial, causa primera, del esfuerzo de muchos hombres, durante siglos. Y no es vano este esfuerzo pues en el encuentro con ella, encontramos la libertad (cf. Jn. 8, 31-32).

La libertad, valor y don, insustituible muestra de la obra de Dios, quien nos envió a su Hijo para otorgárnosla (Gal. 5,13) y a la vez certidumbre de nuestra dignidad de hombres.

Estas Jornadas llevan por nombre "Libertad Cristiana y Preocupación Social"; quienes las concebimos estamos convencidos de la repercusión que los actos del hombre libre tienen sobre el prójimo y sobre la vida social. Por ello hablamos de libertad cristiana, cuya naturaleza implica necesariamente todo el riquísimo contenido de la palabra liberación.

Muy brevemente, inspirándome en las palabras de Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal Brasileña, recuerdo las dos dimensiones del término: la primera, soteriológica: la salvación traída por Jesucristo liberando al hombre de la esclavitud radical del mal y del pecado y consecuentemente la liberación ético social o político. Es un hecho inmediato: quien posee la verdadera libertad se abocará a la praxis cristiana del amor; no es esto utopía. Hemos visto el fracaso de los sistemas que han querido lanzarse a la segunda fase de la liberación sin haber tomado en cuenta a la primera. "Reducir una dimensión a otra —suprimiendo prácticamente ambas— o anteponer la segunda a la primera es subvertir y desnaturalizar la verdadera liberación cristiana" (Juan Pablo II, mensaje a la Conf. Ep. del Brasil, O. R., 27-4-86).

La crisis que los latinoamericanos venimos soportando cada vez en forma más acelerada es la cultural, ya que hay un choque constante entre nuestro origen, amalgama de hispano e indio forjada en el cristianismo y el ataque de la modernidad con su carga de crudo ateísmo; estamos desgarrados en lo más profundo de nuestro ser, intentando con gran esfuerzo, recuperar valores. Desde la reunión de Medellín en 1968, reforzando y ampliando la doctrina en Puebla de los Angeles en 1979, la Iglesia que está en América Latina, ya sea unida en el CELAM o

por medio de las Conferencias Episcopales Nacionales, está aportando constantemente elementos para lograr esa "vocación de aunar en una síntesis nueva, lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que otros nos entregaron y nuestra propia originalidad" (Pablo VI, 3-7-66).

En esta tarea de la Iglesia no hemos estado ausentes los laicos; más aún, se va ahondando cada día más la idea de la responsabilidad grande que nos cabe en la aplicación de la doctrina social; prueba de ello son las numerosas reuniones de estudio, de diálogo, de intercambio de ideas y experiencias que nos permiten llevar mejor nuestro mensaje al mundo, pues la doctrina social nace precisamente del encuentro de las exigencias evangélicas con los problemas éticos surgidos de la vida social y política, ayudada por las ciencias que el desarrollo de la humanidad nos brinda.

Y es esta doctrina social nuestro principal instrumento; estamos absolutamente seguros de su coherencia con el Evangelio, íntimamente ligada a la Tradición y al magisterio; puesta al día constantemente como lo prueban los documentos sociales, desde León XIII a Juan Pablo II; ampliada para América Latina con los riquísimos documentos del CELAM y de las Conferencias Episcopales Nacionales. A ella se agregan otros documentos como los que utilizaremos de base para nuestro coloquio y que son las dos Instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe (que cuentan con la explícita aprobación de Juan Pablo II) sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación y sobre la libertad cristiana y la liberación.

Nuestro propósito es tratar de discernir soluciones éticas que nos ayudarán a buscar caminos para la crisis que soporta el Continente. Por eso agradezco muy profundamente a todos los que nos ayudan en este intento: a los profesores alemanes, a los investigadores y profesores latinoamericanos, a nuestros compatriotas; a disertantes y panelistas y a todos ustedes que ponen a disposición del bien común, tiempo y sabiduría. Una especial muestra de gratitud deseo tener para con la Fundación Konrad Adenauer, sin cuya ayuda no hubiera sido posible el encuentro y para con la Universidad del Salvador que puso generosamente su casa a disposición de las Jornadas.

Este encuentro es abierto, amplio; hemos invitado a dirigentes políticos, gremiales, empresarios; a universitarios e investigadores; a hombres y mujeres de la Iglesia, a nuestros Obispos. Creemos que desde los variados sectores del pensamiento y de la acción pueden ir surgiendo soluciones éticas para aplicar en nuestra Patria y en América Latina, nuestra Patria Grande.

PRESENTACION DE LAS DOS INSTRUCCIONES DE LA SAGRADA CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE ACERCA DE LA TEOLOGIA DE LA LIBERACION

por Pedro MORANDE (Sgo. de Chile)

1. Presentación del problema y enfoque

He aceptado gustoso hacer la presentación de las dos instrucciones de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe acerca de la libertad cristiana y la liberación, en cuanto ellas representan dos documentos de enorme trascendencia para la renovada proposición de la Doctrina Social de la Iglesia a los desafíos de nuestra época. No soy teólogo, ni exegeta, de modo que no me reconozco competencia para presentar ambas instrucciones en lo que ellas tienen de corrección y orientación respecto de las formulaciones específicas que algunas teologías de la liberación latinoamericanas han realizado acerca del contenido o la forma del anuncio cristiano. Algunos de los distinguidos ponentes aquí presentes podrían hacerlo con muchísima más propiedad. Sin embargo, desde el ámbito de la Sociología de la Cultura, disciplina a la que pertenezco, ambas instrucciones son igualmente relevantes como lo son para la perspectiva propiamente teológica, puesto que enfocan algunos de los problemas más acuciantes de la cultura y la sociedad contemporáneas, y particularmente, aquellos de los países que luchan por alcanzar niveles de desarrollo más adecuados para su población ante la permanente y persistente amenaza del hambre y la miseria de muchos seres humanos.

Algunos críticos de ambas Instrucciones les han imputado injustamente una falta de sensibilidad acerca de los problemas sociales de nuestros países, como si las precisiones doctrinales sólo tuvieran sentido en el contexto de sociedades opulentas que ya han resuelto sus problemas esenciales de sobrevivencia y crecimiento. La historia social y política latinoamericana de la presente década desmiente, sin embargo, esta presuposición, puesto que al general deterioro de la calidad de vida de la población producido por efecto de la recesión internacional de los años 82 y 83, se ha sumado una aguda crisis de legitimidad de las *élites*